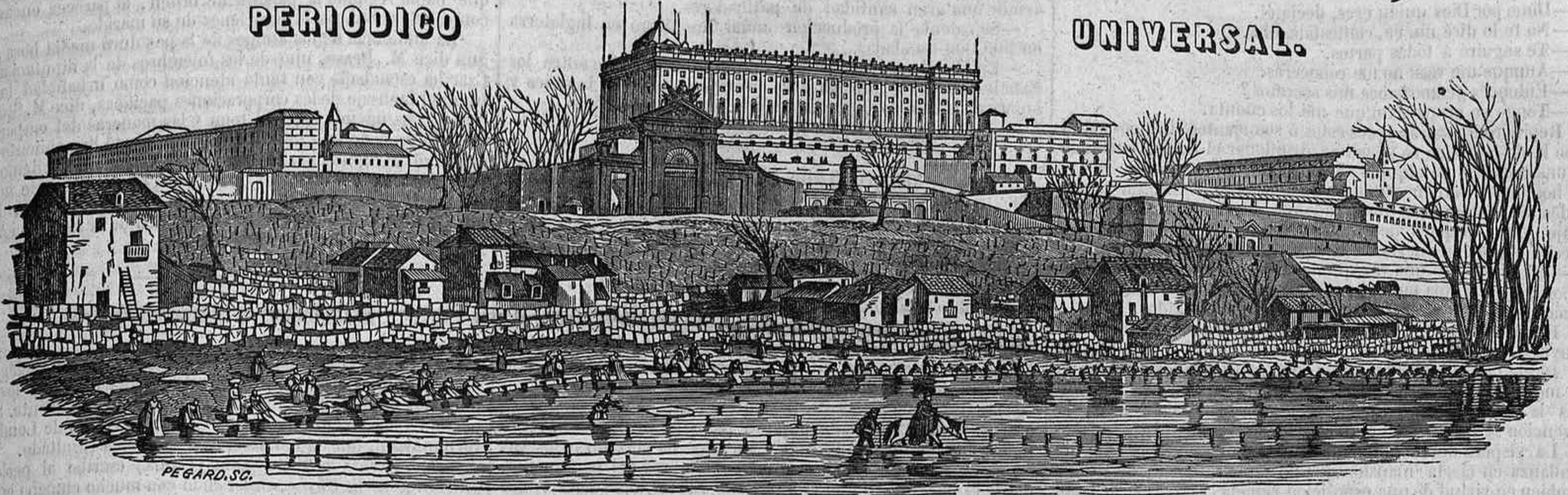


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 263.—SÁBADO 11 DE MARZO DE 1854.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

FRANCISCO ROBERTO DE LAMENNAIS.

El 27 del pasado á las nueve de la mañana ha fallecido en París el ilustre Lamennais, después de una penosa y larga enfermedad. No necesitamos recordar los hechos mas culminantes de la vida de uno de los mas notables filósofos del siglo XIX. El nombre solo de Lamennais lo dice todo. Ha muerto en los mismos principios que tanta celebridad le han dado, y que tanta influencia han ejercido en el espíritu público.

Sus exequias, según voluntad formalmente expresada, serán pobres.

Francisco Roberto de Lamennais nació en Saint-Malo en 1784, y ha fallecido, por consiguiente, á la edad de 73 años. El primer escrito que publicó fué con motivo del Concordato y de la coronación del emperador, y puede decirse que desde aquella época no ha cesado de escribir, habiéndolo hecho durante cuatro años en varios periódicos políticos. En 1848 le envió el departamento del Sena á la Asamblea constituyente; pero á la caída de la república se retiró completamente á la vida privada. Desde entonces no pensaba en otra cosa mas que en traducir la *Divina comedia* del Dante. En sus últimos dias pedia seis meses de calma y de reposo para dejar enteramente terminado su trabajo. Dios no se los ha querido conceder, y el mundo queda así privado de una obra que, de seguro, hubiera coronado dignamente la fama literaria de uno de los mas elocuentes y clásicos escritores del presente siglo.

REVISTA DE MADRID.

Al escribir estas líneas, apáganse los últimos ecos del bullicioso Carnaval, que acaba de exhalar su postrer suspiro en el famoso baile de piñata. Para él llegó ya la posteridad, y nosotros vamos á ser sus historiadores.

Período de verdadera locura en la vida de los pueblos, el de este año ha sobrepujado en animación y en alegría á los anteriores, contagiándose hasta las personas mas graves, hasta aquellas que por su edad ó posición parecían retraídas otras veces del movimiento general.—En 1854 no se han disfrazado solamente los pollos; los gallos han seguido su ejemplo, viéndose en el Prado ataviados con arcos mujeriles, con trajes de pierrots y de beatas, á mas de un grande de España, á mas de un alto personaje.—Las cabalgatas y comparsas han escaseado; pero las Amazonas con patillas y bigote abundaban mucho. El martes llamó la atención una magnífica carretela enfundada, donde se veían tres damas con ricos dominós de raso, escoltadas por seis ó siete ginetes lujosamente vestidos de postillones franceses. Estos, obedeciendo las órdenes de las enmascaradas, llevaban á los coches particulares preciosas cajas de esquisitos dulces, de que habia provision en la carroza. Nosotros, que respetamos todos los incógnitos, no diremos los nombres que la gente pronunciaba al abrir paso á aquella espléndida comitiva y al saludarla con el sombrero en la mano.

No todas las bromas que se han dado los cuatro dias en las calles y en los paseos han sido tan agradables ni tan inofensivas como esta. Algunos, sin duda de los que creen arma legítima el anónimo, han querido hacer de la careta un puñal no menos traidor de sus envidias ó de sus venganzas. Durante las dos últimas semanas se han referido en los círculos elevados tres ó cuatro de esas que se llaman bromas pesadas, y que son odiosas delaciones de recónditos secretos, ó venenosas calumnias de la perversidad; pero que amargan del mismo modo y para siempre quizás la existencia de los individuos y destruyen sin remedio la paz de las familias. Dícese que una de tan gloriosas hazañas ha producido ya la desunión de un matrimonio, que llevaba largos años de ventura; y se añade que no será ese el único fruto que habrán dado la malevolencia ó la estupidez.

Por fortuna, estas son escepciones dolorosas, las cuales prueban que la generalidad usa y no abusa del privilegio de decirlo todo, atribuido á la careta. En cambio, cuántas bromas ligeras, chistosas, llenas de gracia, ha consignado la crónica carnavalesca! Cierta joven diplomática, muy distinguido, recibió la víspera de uno de los últimos bailes del Teatro Real, un billete escrito en papel inglés, por una mano femenina, citándole para la fiesta inmediata. La anónima hermosura, porque no podia menos de ser bella la que hablaba de una pasión vehementemente, terminaba dando como contraseña dos palabras que

pronunciaria al pasar por el lado de nuestro héroe. Este reveló la aventura á su linda hermana, niña soltera y hermosa de veinte abriles, y la pidió consejo, el cual se redujo á decirle que no debía ir al baile, para burlar así al amigo que sin duda intentaba divertirse á su costa.

Sucedió esta vez lo que sucede casi siempre con todos los consejos; que se agradecen y se estiman, pero no se siguen. El joven Metternich se acicaló y perfumó mas que de costumbre, y á las doce y media ya se paseaba por el inmenso salon del régio coliseo. Pasó una hora, pasaron dos, y la máscara de la cita no parecía; por fin, á las tres de la mañana, una mujer vestida de negro, de talle elegante y flexible, de airoso continente, hizo palpar el corazon del diplomático, murmurando á su oído las palabras consabidas. Desde entonces fué una serie continua de juramentos, de protestas, de declaraciones de amor: ella sin embargo, soltaba con frecuencia el brazo de su adorador, para evitar, según decía, los furores de su esposo, especie de Otelo conyugal, de cuya violencia temblaba. Solo la

ber gustado siete veces los placeres de la maternidad, y ser sin embargo todavía joven y bella.

—Ven entonces á un palco, repuso. Mi hermana tiene uno, y ahora está desierto.

La encubierta dudó, vaciló, y habló aun de su marido; pero al fin se dejó conducir á un palco de platea, que efectivamente estaba vacío.

El joven diplomático cayó entonces á sus piés, tanto para hacer mas elocuente su súplica, como para arrancar mejor la maldecida careta; por último, después de una lucha que enardecía doblemente la curiosidad del pollo, separó aquella del rostro que cubria, y este rostro era... el de su propia hermana.

El domingo de Piñata, un matrimonio joven comia alegre y pacíficamente en una estancia abrigada y comfortable.

—Anímate y ven esta noche al Teatro Real, decía el marido á la mujer, saboreando unas croquetas deliciosas. Tu primo me ha pedido que le acompañe, y yo no puedo negarme.

—Muchas gracias, repuso ella en los intervalos que la deja-



Lamennais.

pasión que le habia inspirado el alumno de Talleyrand, añadía sonrojándose debajo de su careta negra, podia hacerla desafiarse los peligros que la rodeaban.

A las cinco de la mañana, después de haber admirado un breve y precioso pié, de haber estrechado una blanca y sedosa mano, llegó el momento de la separación.

—Déjame que contemple un segundo tu divino rostro! exclamaba el inflamado joven con acento suplicante.

—Imposible! respondió la enmascarada; veo allí á mi marido que me acecha, que me espía!

—Huyamos de él, y huyamos de todos! A la puerta tengo mi carruaje, que nos conducirá donde tú quieras.

—Y mis deberes? Y mis hijos?

—Ah! tienes hijos?

—Siete nada menos! dijo la del dominó con un profundo suspiro.

—Qué fecundidad! pensó para su colete ó para su frac el diplomático; mas en seguida le ocurrió que una mujer podia ha-

ber el movimiento del tenedor. Sabes que ni de soltera he sido aficionada á esas diversiones.

—Sin embargo, entonces ibas alguna vez, y yo te conocia siempre.

—A que no me conocias ahora si fuese?

El marido soltó una estrepitosa carcajada, y dijo:

—Aunque te vistieses de demonio.

—No me vestiria de tal cosa, y con todo, no me conocerias.

—Si lo consigues, te regalo un brazalete de brillantes.

—Ni con semejante oferta iré á las máscaras.

La comida se acabó tranquilamente: los dos esposos se fueron al Circo, y concluida la función el marido se encaminó al Teatro Real, después de haber dejado á su mujer en el lecho conyugal.

Una hora escasamente haria que se paseaba por allí, arrepentido ya de haber dejado la cama, cuando se acercó á él una beata, viva, alegre, bulliciosa, que comenzando por embromarle ligeramente, acabó por hablarle de todas las particulari-

dades, de todos los secretos de su vida. La enmascarada no se separó de él durante la noche, y ni su voz ni sus ademanes daban la menor luz al embromado. Su curiosidad subió pues al mas alto punto.

- Dime por Dios quién eres, decía él.
- No te lo diré nunca, contestaba ella.
- Te seguiré á todas partes.
- Aunque me veas no me conocerás.
- Entonces, ¿cómo sabes mis secretos?
- Tengo yo un pajarito que me los cuenta.

Repitieronse varias veces estos ó semejantes diálogos; y al cabo la desconocida se decidió á abandonar el baile, entrando en una carretela de alquiler, acompañada de otra beata. Nuestro hombre dió orden entonces á su cochero de seguir á dos dedos de distancia, y fuese adonde fuese, al vetusto carruaje. Este, después de atravesar plazas y calles, se detuvo precisamente á la puerta de la casa de su perseguidor.

—Dionisio, dijo una voz que le era muy familiar al atónito esposo, ayer vi una pulsera preciosa en casa de Pizzala. Mañana me la comprarás, porque no me has conocido.

Los lectores pueden imaginar la sorpresa, el asombro del cónyuge, trocada luego en la risa mas cordial y mas franca.

Desde que un célebre autor dramático dió el ejemplo de los memoriales en verso solicitando del señor marqués de Molins la cena de Noche-Buena, generosamente concedida, la invencion se ha puesto en moda y ha hecho fortuna.

La víspera del domingo de Piñata hubo un chocolate de confianza en cierta mansion que no nombraremos, alcanzado tambien en virtud de una esposicion rimada, á cuyo pié se leian numerosas firmas. En ella se hablaba de un ministro de Hacienda con mas años que Noé; aludiendo á una señorita tan bella como amable, que no ha cumplido aun veinticinco primaveras, y que dirige sin embargo su casa con un tino que envidiarían muchos hombres de Estado. El gracioso ministro con faldas se vengó del apóstrofe, dando esquisito chocolate á sus convidados, y permitiéndoles que bailasen hasta las tres de la mañana.

A la noche siguiente se verificó otra fiesta de mayores proporciones en la morada de los condes de Belle, y su origen fué tambien el mismo: una peticion en verso, otorgada del propio modo con tanta gracia como presteza.—En veinticuatro horas se organizó, cualquiera creeria que por magia, aquel delicioso baile, que no por tener el carácter de improvisado dejó de ofrecer los mayores atractivos. La señora condesa de Belle y su hija la señora de Ceriola estuvieron incansables para prodigar atenciones y obsequios á todo el mundo, y cuando el *colillon* puso fin al sarao á hora muy avanzada, no habia quien no se quejara de que aquel terminaba demasiado pronto.

El domingo de piñata hubo tambien dos bailes de niños: el primero en casa del señor duque de Sotomayor; el segundo en la del señor Anduaga y Espino a, oficial del Ministerio de la Gobernacion, y ambos estuvieron concurrecidos y animados. En cambio, la señora condesa del Montijo, de luto por la muerte de su primo el general Arteaga, no pudo dar el sarao con que en los años anteriores celebraba siempre el término del Carnaval.

Y no porque haya llegado este se cierran los salones, ni se acaban las fiestas, sino que á lo sumo se difieren. La circunstancia de caer San José el mismo día que media la Cuaresma, día considerado en muchas partes como de tregua y de descanso de las penitencias de la época; la festividad de aquel santo tan solemne y popular en España, todo hace esperar que se celebrará con mas de un concierto ó de una reunion brillante.

Entre tanto la señora condesa del Montijo recibirá los domingos; la señora de Miranda los jueves; la marquesa de Fonvielle los miércoles; y los sábados obsequiará á sus amigos con espléndidos chocolates, después de las doce de la noche, para no quebrantar el ayuno, el señor vizconde de Villandrando.

Ni es esto lo único: asegúrase que por Pascuas, el señor Osmá, ministro del Perú, dará el baile que no pudo verificarse en Carnaval; y se añade que el señor Algarra repetirá entonces el que há un mes dejó tan gratos é indelebles recuerdos.

LEPORELLO.

REVISTA UNIVERSAL.

En el Austria se hallaban á fines de enero en circulación 335 $\frac{1}{2}$ millones de florines; lo que comparado con el mes anterior, da una disminucion de 1 $\frac{1}{2}$ millones. En las actuales circunstancias no deja de ser una señal muy agradable.

—El haran Kisseleft, el embajador ruso en París, ha invitado á la verdad á los rusos que vivian en dicha ciudad á abandonar la Francia; pero no con la amenaza de la confiscacion de sus bienes en caso contrario, para lo cual han tenido tanto menos motivo, cuanto que el cónsul general ruso señor Ebeling permanecerá aun funcionando en París, y de este modo formará un último conducto por el cual puedan anudarse de nuevo las relaciones diplomáticas.

El emperador de Rusia ha concedido una paga anual como recompensa á todos los soldados que han asistido á la batalla de Sinope, y ha estendido esta gracia tambien á las viudas y huérfanos de los oficiales muertos, y á las mujeres é hijas de los oficiales gravemente heridos en dicha accion.

—Por intermediacion del embajador de Inglaterra ha logrado la Puerta de dos casas de banqueros un empréstito de 20 millones de piastras, dejando para ello en prenda el tributo de Servia.

—A imitacion del patriarca griego en Adrianopol, que formó una legion griega, ha creado el rabino que existe allí una legion judaica que ha puesto á disposicion del sultan.

—Dícese que la boda del emperador de Austria va á diferirse hasta fines de mayo; igualmente se ha retrasado el viaje dispuesto de dicho monarca á Munich. El motivo de ambas causas son los negocios políticos que actualmente tienen una importancia mas alta. Se espera de un día á otro el nombramiento del personal femenino de la servidumbre de la futura emperatriz, y el arreglo de los trajes de corte.

—En el bajo Rin hubo el 9 de febrero á las diez de la noche una tormenta que venia en direccion del Oriente al Occidente, y que iba acompañada de una tempestad sumamente fuerte y parecida á un huracan, la que se distinguió por fuertes rayos y descargas del fluido eléctrico y que en la fria estacion actual debia llamar tanto mas la atencion, cuanto á los

rayos y relámpagos acompañaban unos truenos muy grandes.

—El lago de Lerman (Ginebra en Suiza,) segun noticias de dicha ciudad de fecha de mediados de febrero, se ha helado, lo que es un acontecimiento sumamente raro, que ha hecho acudir una gran cantidad de patinadores.

—Se calcula la produccion anual de hierro en Inglaterra en 300,000 toneladas.

—En el año próximo pasado han sido conducidos entre los Estados-Unidos y Europa por los vapores-correos ingleses y americanos 4.000,000 de cartas y 1.380,000 periódicos.

NUEVOS MEDIOS DE DESTRUCCION.

En los cuarenta años de paz que acaban de trascurrir, los cuerpos de artilleria y de ingenieros han inventado una multitud de instrumentos de guerra, de que hasta hoy no se ha hecho ningun uso, y que existen en los arsenales franceses, y sobre todo en los ingleses. Como nuestros lectores no tendran seguramente ninguna idea de la mayor parte de estas diabólicas invenciones destinadas á la destruccion del hombre, pensamos que leerán con interés los siguientes pormenores que entresacamos de una carta de Londres:

Los nuevos medios de destruccion que la guerra que se prepara dará á luz, sobrepujarán todas las previsiones, sobre todo los que empleará la Inglaterra, que ha cerrado todos sus arsenales á los curiosos y aun á los miembros del parlamento, desde el instante en que el almirante Napier logró hacer votar cuantiosas sumas para fortificar las costas, los puertos de refugio y la marina militar.

Cuando eso sucedia, tratábase del cohete nadador, del capitán Wagner, que se titubeaba en adquirir. Un lord exclamó: «No pide mas que 300,000 libras, y vacilais! Apresuraos á comprar la invencion; declarad la guerra á la Francia y destruireis su marina en algunos dias.» El descubrimiento quedó en el arsenal de Woolwich con otros muchos, que no esperaban para salir mas que una oca-ion favorable.

El conde de Lavalette, capitán de la marina militar de Francia, que conocia la construccion del cohete, ha hecho varios esfuerzos para hacerle adoptar por el ministro de la Marina en tiempo de Luis Felipe. Es un largo cohete á la congreve que se dirige en linea, rozando el agua sobre el buque, en cuyos flancos dará su cabeza de hierro, que contiene dos libras de fulminato de mercurio. Cuando llega allí el fuego, estalla haciendo en la madera una abertura como una puerta cochera, que es imposible tapar como el agujero redondo de una bala.

Admitiendo que las flotas rusas se retiren bajo las fortalezas inacabables de Sevastopol y de Cronstadt, estas flotas no se hallarian al abrigo del terrible cohete cuya rapidéz de carrera es sin limites. Los buques submarinos se hallan tan perfeccionados hoy, que pueden ir á clavar un brulote en los buques enemigos sin ningun riesgo.

Tambien se verá funcionar la bala asfixiante, que no mata, pero que paraliza toda una tripulacion durante muchas horas, esto es, hasta que cae prisionera.

Se embarcan igualmente muchas balas explosivas, que estallan infaliblemente á su llegada, aun en el cuerpo de los caballos, pues se inflaman al salir del fusil ardiendo como pequeños congreves hasta el momento de la explosion, que lo incendia todo.

Se acaban de construir dos vaporcillos de un aspecto muy singular, que no llevan mas que dos cañones á la Paixbans, á proa. Sus paredes tienen dos metros de grueso en la madera, cubierta con un colchon de 50 centímetros de una sustancia de fieltro impenetrable á la bala, todo ello envuelto en una capa de hierro y de plomo. Su proa tiene la forma angular de una coraza para que resbale la bala; encima lleva un techo de la misma forma para que se deslicen las bombas á la mar.

Este brulote, muy pesado y poco andador, será llevado á remolque y se soltará, si es necesario, contra los buques al parir ó anclados, que abordará siempre de frente y á popa, para arrojar sus bombas á flor de agua, y regar el buque enemigo de fuego griego, mediante una bomba que marchará al vapor. Es evidente que una flota de navíos de linea sorprendida por la calma, puede ser destruida enteramente por uno de estos *burners*.

Se ha agitado la cuestion humanitaria de saber si el derecho de gentes permitia emplear en la guerra otros medios que los que use el enemigo. El almirante Napier puso fin á los debates con esta respuesta: «si temeis hacer daño á vuestro enemigo, meted en vuestros fusiles balas de algodón y balas de arroz en vuestros cañones.»

La flota inglesa se halla provista de globos, portadores de materias incendiarias, que esparcen sobre las ciudades que atraviesan cuando hay viento favorable.

No he podido descubrir el secreto de una invencion que dicen mas terrible aun, y que solo saben un corto número de personas del estado mayor de los navíos que la llevan. Los hechos que van á pasar son muy curiosos para la historia de la guerra, pero muy tristes para la humanidad.

LOS AMIGOS DE LA PAZ.

Viendo la sociedad de los amigos de la paz el mal éxito de la diplomacia en la cuestion de Oriente, tomaron la resolucion de enviar cerca del Czar una diputacion inglesa de tres de sus miembros, con el fin de rogarle que escuchase la voz de la Europa que reclama la paz. Estos diputados han aceptado su mision con la mayor formalidad, y se han examinado á San Petersburgo prometiéndose segun lo que les habian dicho, no ser recibidos por el emperador Nicolás, ó cuando menos el ser muy mal recibidos, y hasta enviados quizás á Siberia.

Pues bien: no ha sucedido nada de esto. Al contrario, el Czar ha recibido á los amigos de la paz, á estos piadosos peregrinos (que, por otra parte, viajaban en magníficos carruajes) y sobre todo los ha recibido admirablemente. Y no es esto solo; ha entrado con ellos en grandes esplicaciones para demostrarles que, lejos de querer la guerra, habia hecho cuantos sacrificios estaban á su alcance, todas las concesiones posibles para evitarla. Al hablar así, suspiraba y hasta se le rasaban los ojos de lágrimas; de manera que los amigos de la paz han regresado íntimamente convencidos de que el pobre Czar se ve forzado

á recurrir á las armas por la injusticia y la obstinacion de la Francia.

El Czar quiso presentar la diputacion á la emperatriz. «No quiero, ha dicho, que os marcheis sin ver á mi esposa.» Esta, que habia recibido la palabra de orden, al parecer encareció con calor las buenas disposiciones de su marido.

La audiencia de los amigos de la paz duró media hora, segun dice M. Pease, uno de los miembros de la diputacion. El Czar ha escuchado con tanta atencion como urbanidad la lectura del mensaje de las corporaciones pacíficas, dice M. Sturge, otro de sus miembros; y el tono y las maneras del emperador nos han probado que no era insensible á este llamamiento. Sin embargo, la diputacion no tiene confianza en que su demostracion produzca el efecto de detener los preparativos de guerra que ha visto hacer. Como quiera que sea, la diputacion de los amigos de la paz vuelve muy convencida de la moderacion del emperador Nicolás y de la emperatriz.

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS.

El profesor Gluckman ha inventado un aparato telégrafo-eléctrico para que los guardas de los ferro-carriles y los maquinistas de los trenes puedan comunicarse mutuamente. Se ha hecho recientemente un ensayo con él en la linea de Londres á Birmingham, que ha tenido el mas favorable resultado.

—Mr. Bortan de Hong-Kong (China) escribe al periódico *El Amigo de la China*, insistiendo con mucho empeño en que ha descubierto un método de deducir la longitud por medio de un reloj comun. El método consiste en lo siguiente: La diferencia de tiempo que hay en la distancia de la luna en el día ó en la noche da la longitud medida por la tabla longitudinal bajo cualquier meridiano. Tómese la distancia angular y aparente del sol y de la luna, compárese aquella con el almanaque náutico, dedúzcase la distancia mas corta de aquella, y obsérvese el tiempo de contacto con el instrumento, la diferencia de tiempo en el navío y en el tiempo anotado en el almanaque náutico es la longitud del lugar donde se hace la observacion. Esto puede efectuarse en cualquier tiempo, teniendo el verdadero tiempo medio, lo que podrá siempre obtenerse si se halla el tiempo en el mar.

—En una de las últimas sesiones de la Sociedad de Fomento de la Industria nacional de Paris se demostró que el procedimiento fotolitográfico, deseado hace tanto tiempo, ha sido descubierto por fin. La descripcion de dicho procedimiento es la siguiente: Se toma una piedra litográfica ordinaria y se la cubre con la solucion de la pez judaica. Luego se coloca sobre ella un impreso de fotografia negativa, y se prensa sobre la piedra durante un periodo que puede variarse desde 10 minutos á 4 horas. Después se lava la piedra con éter puro, y luego se evapora, hallándose entonces el retrato completamente impreso con sus luces y sombras, que podrá marcarse con tinta y sacarse como una litografia ordinaria.

PINTURA.

El pintor de marina, Duvers-Breger, de Paris, se ha trasladado al mar Negro para poder pintar las escenas y los acontecimientos que allí puedan quizás tener lugar.

—En la imprenta nacional de Viena aparecerá pronto una obra grandiosa, que es la representacion gráfica de la historia de la pintura desde Giunto Pisona y Guido de Siena, hasta Luis Jacobo David y Jacobo Cartens, en doce grandes cuadros compuestos por el comandante austriaco Santo Edlen de Gustadter.

ASTRONOMIA Y METEOROLOGIA.

El cometa de Klinkerfues, descubierto el 2 de diciembre del año pasado, fué ya observado el 25 de noviembre en Newark cerca de Nueva-York, pues así lo comunicó por telégrafo el profesor Alejandro al doctor Gould, que partió el 29 de noviembre para el Sur, para continuar por medio del telégrafo sus excelentes determinaciones de longitudes.

—El 31 de enero fundó el rey de los Países-Bajos un real instituto meteorológico para la coleccion y el estudio de las observaciones hechas en diferentes puntos del interior y exterior y en los buques de guerra y mercantes. El director general del mismo es el profesor de la universidad de Utrecht, el doctor Buyo Balbot; el director de las observaciones en el Continente el doctor Visecke, director del observatorio meteorológico de Utrecht; y el director de las observaciones por mar es teniente Jansen.

El ciclo de cien objetos microscópicos del reino vegetal y animal, publicado en orden sistemático por el Instituto microscópico de Engell y compañía en la Suiza, ha finalizado con la cuarta entrega que acaba de aparecer. Esta trae en sus números de 1 á 6 preparados zoológicos, sobre todo partes de órganos inyectados de los cuerpos de animales mamíferos, cuyo testo y esplicacion es del conocido naturalista suizo H. Frey. El colega de este, Maximiliano Perty, ha dado el testo para los preparados vegetales del dominio de los fanerógamos: dan un resumen de la distribucion, arreglo y construccion de los tubos vasculares, luego de la diferencia de la estructura interior de las plantas en ramas, hojas, flores, etc. El conjunto es un gabinete rico y hermoso de historia natural en miniatura, y sin embargo tan grande y estenso como la grande y estensa vista del microscopio.

MINAS.

La cantidad de hierro producido en los Estados-Unidos se calcula en 800,000 toneladas al año, y su consumo en 1.100,000 en el mismo tiempo. Las 300,000 toneladas escedentes son importadas de Europa. La tercera parte del hierro obtenido en los Estados-Unidos, proviene de las fábricas de Pensilvania.

La cantidad de cobre producido anualmente en todo el mundo se aprecia en 25 á 30,000 toneladas. A esta cantidad contribuye la Inglaterra con 16,000 toneladas, los Estados-Unidos con 4,000, y el resto proviene de la Rusia, Suecia, Alema-

nia, América del Sud y otras comarcas. La España figura con una producción de 1,400 toneladas anuales próximamente.

La producción total del plomo se calcula en 120,000 toneladas, de las cuales los Estados Unidos suministran cerca de 20,000, España 30,000, é Inglaterra 40,000 toneladas. El resto se obtiene en diferentes puntos del globo.

La producción anual del zinc en Europa puede estimarse en 20,000 toneladas, la del bismuto en 4,000 kilogramos, y en el del estaño en 10,000 toneladas; procediendo una mitad de la del estaño en 10,000 toneladas; y la otra mitad de las Indias Orientales, ellas de Inglaterra y la otra mitad de las Indias Orientales, América del Sud y Alemania.

—El precio del azogue en Méjico á principios de enero era el de 70 pesos quintal.

—Acaba de formarse una compañía (inglesa) con el título de compañía minera Iberia, dividida en 20,000 acciones de una libra esterlina, con el objeto de desenvolver la producción de algunas minas de galena argentífera en el distrito de Galdá de algunas minas de Vizcaya. La concesión es bien estensa y como, provincia de Vizcaya. La concesión es bien estensa y como, provincia de Vizcaya. La concesión es bien estensa y como, provincia de Vizcaya.

MADRID DE NOCHE.

FACSIMILE DE VARIOS TIPOS MADRILEÑOS.

«A todos y á ninguno
Mia advertencias locas:
El que haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.»

El postillon chasquea su látigo con fuerza; los caballos toman un trote mas decidido; estamos en la puerta de Hierro y á corta distancia de Madrid; esta vecindad trae á mi memoria agradables recuerdos. Son las cuatro de una fría tarde del invierno; el sol refleja sus últimos rayos en los cristales del real palacio que á lo lejos se ofrece á nuestra vista: á derecha é izquierda aparecen hacinos multitud de edificios; según nos vamos acercando toman proporciones mas marcadas. Dejamos á la izquierda la Florida y á la derecha los sotos del Manzanares; todos estos sitios fueron en otro tiempo testigos de mis placeres juveniles: el corazón late con violencia conmovido con estos recuerdos! ¡Agradada tanto traer á la memoria los dias que pasaron! Esto consiste sin duda en que el tiempo borra, ó por lo menos debilita el recuerdo de los dolores y perdona el de los placeres.

A medida que nos vamos acercando vase advirtiendo mas animación y mayor movimiento: una multitud trabajadora se dirige desde las orillas del río á la ciudad, después de terminadas sus faenas. El frío ha sido hoy cruel; yo lo he sentido en el fondo del carruaje; mucho habrá padecido esa pobre gente que así espone su vida por un misero jornal. Esta reflexión me saca de la contemplación de la naturaleza, y me trae al mundo positivo, al mundo de las miserias. La diligencia rueda sobre el empedrado; pasamos bajo un arco; es la puerta de San Vicente; estamos en Madrid.

Mucho tiempo hace que abandoné la coronada villa, en cuya universidad concluí mis estudios, para trasladarme á lejanos países; el tiempo, sin embargo, no ha borrado por completo los recuerdos de mi juventud, y aun reconozco los lugares que fueron teatro de muchas alegres aventuras. Hállolos ahora muy mejorados. Cuando yo salí de la villa y corte no ofrecía esta un aspecto tan risueño; muchas veces, recorriéndola con la historia en la mano, me admiraba de que habiendo sido la capital de la mayor monarquía del mundo, presentase un aspecto tan mezquino. Al presente advierto que se han llevado á cabo algunas mejoras; la montaña del Príncipe Pio, aquel magnate italiano que, como tantos otros, vino á fijarse en España en el reinado de Felipe V, está poblada de arbolado, y veo salir de ella muchas personas que han venido sin duda á disfrutar el sol de la tarde. Pero mi admiración sube de punto cuando dejando á la derecha las Reales Caballerizas y el campo dicho desde el tiempo de Carlos IV del Moro, penetro en la plaza de Oriente, atravieso por calles rodeadas de bellos cuadros de árboles y flores, y descubro por fin la hermosa estatua, obra de Tacca, y á su frente un edificio que no por tener la cara embadurnada de encarnado y amarillo, deja de agradar, armonizando con dos hermosas manzanas de casas que formando bien alineadas calles, se prolongan á sus costados. La diligencia que me conduce toma por una de estas calles, deja á un lado la Biblioteca, que con admiración veo cerrada, como si la ciencia se pudiese adquirir solo por la mañana, y atravesando por una plaza asfaltada, penetra al fin por la estrecha y tortuosa calle del Arenal, y desemboca en la puerta del Sol, famosa en los anales madrileños.

Para el que acaba de atravesar inmensos campos llanos y desiertos sin oír mas ruido que las voces del mayoral y el látigo del postillon; para el que ha respirado la fría brisa de la tarde del invierno, y visto desaparecer los últimos rayos del sol sobre las cúpulas de lejanas iglesias, trocar esta quietud de la naturaleza por el ruido y animación de una gran plaza pública, alumbrada por los reverberos, cruzada por infinitos carruajes, surcada en todas direcciones por una multitud heterogénea y bulliciosa, es una peripecia sorprendente, y que, por acostumbrado que uno se ha le á semejantes transiciones, siempre causa viva sensación.

Recreóme en este animado cuadro; sigo con la vista á las hermosas mujeres que con gracioso porte y elegante traje cruzan las calles, y termino mi inspección cuando el carruaje se detiene ante una gran puerta adornada con un arco churrigueresco y á parador de las diligencias peninsulares, y hemos terminado nuestro viaje.

Nadie me espera porque mi partida ha sido repentina, y porque, además, me gusta sorprender á mis amigos. Un mozo conduce mi equipaje á una fonda cercana; pido un aposento; hago echar algunos leños en la chimenea, y mientras cambio por otro mi empolvado traje y limpio de telarañas mi rostro y cabello, pone un criado la mesa al lado del fuego, de modo que cuando termino mi tocador está servida la comida.

Entre tanto que satisfago mi apetito, regular gracias á la cocina, ó á la falta de ella, de las posadas españolas, examino el Diario de Avisos y me entero de las funciones que se dan esta noche. No soy amigo de perder el tiempo, y creo que tan bien puede un viajero descansar tendido en una cómoda butaca

escuchando alguna ópera ó algun drama, como sentado en su silla y recibiendo los cumplimientos de algun amigo de la familia que le abruma á preguntas maliciosas sobre si la hermanita soltera ha dejado de serlo; sobre si el negocio de la compra de la dehesa no nos salió tan bien como nos prometíamos, y sobre si los diputados del distrito quieren llevar el camino de hierro por su casa sin vender los propios, que son propios del alcalde y del escribano, y pretendiendo que el estado les asegure el once por ciento y la introducción, libre de derechos, del material necesario, etc. etc. Hoy día vivimos al vapor, y mal que les pese á algunos vetustos encomiadores de la antigüedad, sabemos aprovechar el tiempo mejor que nuestros abuelos y tomar en medio minuto el chocolate que ellos no despachaban en una hora cumplida.

El periódico oficial de avisos trae en su cuarta página una larga lista de funciones de teatros: haylos de todas clases; en unos se canta en español y riendo; en otros en italiano y llorando; en unos hay ruinas y terremotos, puñaladas y envenenamientos; manchegas y perros liberales; cosacos mordidos y destrozados; en otros comedias de magia; en otros dramas, que si mal no recuerdo, han de llamarse de *sentimiento*, y que mas de una vez dan que sentir al pobre espectador que no comprende toda la sublimidad de ciertas exageradas luchas entre la pasión y el deber, luchas que estarían facilísimamente terminadas con que Dios hubiese dado á los protagonistas, ó al autor, un poco mas de *sentido* comun. Veo tambien muchos anuncios de bailes en Capellanes, en la Juventud española, etc., lo que prueba que clérigos y legos, jóvenes y viejos, todos bailan, triscan y se divierten. Vamos, voy viendo que he de pasar en Madrid una alegre temporada.

Tomo mi cartera y examino mis notas por si algo urgente se me olvida: esto trae á mi memoria el objeto de mi viaje. Una de estas notas tiene por epígrafe: «Julia Gomez, calle del Olivo.» Ahora recuerdo perfectamente mi comisión: mi hermano Jorge está para casarse con una rica heredera de la provincia de Avila; este matrimonio le conviene bajo todos aspectos. Luisa, mi futura cuñada, es parienta nuestra aunque lejana; nuestras familias han estado siempre unidas por la mas estrecha amistad, y mi hermano, que después de haber peleado como un bruto en Vizcaya y Guipúzcoa y después de haber ganado con la punta de la espada y la boca del fusil su grado de coronel, ha determinado retirarse al Espinar, donde tiene casa y hacienda no despreciables, quedó prendado de la hermosa figura de nuestra prima en cuarto grado, y calculando al mismo tiempo que su educación esmerada y la posición mas que desahogada de su padre la hacían lo que suele llamarse un *buen partido*, se resolvió á convertirse de militar calavera en ciudadano pacífico, elector y elegible, en toda la plenitud de los derechos del ciudadano, incluso tal vez el de llenar dos columnas de los periódicos políticos con terribles discursos en que á propósito de una *cuestión de bagajes* se apostrofe al Czar de las Rusias, al ministerio y á la tiranía. Dados estaban los primeros pasos y adelantados los preparativos de la boda, cuando cierta negra mañana recibió mi hermano una cartita azulada y perfumada, cuyos caracteres, parecidos á patas de mosca, debieron causarle gran sensación á juzgar por lo contraído de su rostro y por el temblor convulsivo de su bigote rubio. Yo que me hallaba presente creí en un principio que Carlos V había vuelto á entrar en España, y que el cura de la parroquia nos exigía imperiosamente las cédulas atrasadas desde que cumplimos quince años; pero me desengañé agradablemente cuando ví que el negocio se reducía lisa y llanamente á la petición de cierta señora llamada Julia Gomez, que amenazando con poner en manos de mi prima ciertas cartas, y revelar la suerte de cierto niño, exigía de mi hermano el rescate de todo este misterio. Acabó Jorge de sacarme de dudas explicándome la cuestión, reducida á que habiendo en hora menguada conocido en Pamplona, donde se hallaba su regimiento, á cierta Juliana Gomez, niña traviesa que habia vivido de lo suyo algun tiempo en Bayona, y desde entonces se hacia llamar Julia, antojósele al gallardo militar la abispada jovencilla, y sin pensar ni remotamente en el porvenir, uniése con ella en lazo, que no por ser contraído á hurtadillas de la Iglesia dejó de ser muy estrecho. Resultó de estas relaciones un niño que mi hermano nunca quiso reconocer por completamente suyo, contestando siempre militarmente á las recriminaciones de la hermosa Julia aquel

Mas gente que sobre Roma
Con Borbon por Carlos quinto.

Tuvo luego que salir de Pamplona su regimiento, y olvidóse á Jorge avisar á su adorada, que por otra parte se consoló viniéndose ó haciendo que la trajesen á Madrid, donde siempre tuvo presente á su antiguo amante, como lo prueba la cartita que tan á tiempo supo hacer llegar á sus manos.

Rabió el coronel al recibirla; bufó, pateó y sintió no tener todavía un regimiento á sus órdenes para mandar cuatro soldados y un cabo en persecución de aquella ingrata Circe; pero obrando por fin en él la reflexión, conoció que el mejor partido que podía tomar era el de arreglarse con su antigua amante y comprar aquel secreto, pues la familia con quien iba á enlazarse era tan noble y respetable, que de ningún modo hubiera querido darle este sonrojo. En consecuencia determinó venir á Madrid á terminar por sí mismo este negocio; pero una ligera enfermedad le retuvo en el lecho, y no permitiéndole su impaciente carácter aguardar por mas tiempo, dióme la comisión calculando que como diplomático, pues he sido algunos años agregado sin sueldo á una embajada de América, sabría desempeñar mejor que él una misión tan delicada. Esta por otra parte está reducida á comprar el silencio de la señorita Julia y arrancarle prenda que responda de su discreción, pues el niño que mi hermano no había querido reconocer, aunque pagaba puntualmente una regular pensión para su mantenimiento, habia muerto hacia poco tiempo, lo que Jorge no ignoraba aunque Julia trataba de ocultarlo.

Recorro rápidamente en mi memoria todos estos sucesos; compadezco á mi hermano, cuyo noble corazón se estrema con la idea de que llegue á o dos de una criatura tan noble y pura como Luisa el solo nombre de la señorita Julia, y resuelvo sacarlo cuanto antes de esta embarazosa situación, persuadiéndome de que no tendré que emplear mucho trabajo al oprimir entre mis dedos el sedoso papel de algunos billetes de banco.

Guardo mi cartera; tomo el sombrero y salgo á la calle medio aturdido por aquel ruido que hacia algun tiempo habia

olvidado, y sonando aun en mis oídos el ruido de la diligencia, el chasquido del látigo del postillon y las voces del mayoral.

(Se continuará.)

LUDOVICO.

PUENTES COLGANTES

SEGUN EL SISTEMA VERGNAIS.

Acaba de establecerse en Madrid una compañía para la construcción de puentes colgantes y rígidos según el sistema Vergniais; esto es, de esos puentes que tan en auge se hallan en Francia, Inglaterra y Alemania, y que al principio se llamaron puentes de Hércules por su estremada solidez. Toda la prensa francesa se ha ocupado con mucho interés de esta invención, y nosotros tenemos el gusto de que los numerosos trabajos que en España va á ejecutar la compañía nos pongan tambien en el caso de instruir de ella á nuestros lectores. El ingeniero inventor Mr. Vergniais ha enviado á esta corte por su representante autorizado con poderes á M. Victor Conailbac, al que acompaña M. de La-Martiniere, ingeniero conocido hace ya mucho tiempo en España, donde ha construido el puente de Zaragoza y ejecutado varios otros trabajos.

Lo mas notable y que á primera vista se advierte en esta invención, es que la solidez y rigidez de estos puentes en nada perjudica á su elegancia, que es perfecta, como podrán juzgar nuestros lectores por el grabado que de intento hemos mandado ejecutar y acompaña á este artículo.

Diremos dos palabras sobre los puentes colgantes en general. Las poblaciones de todos los países se han alarmado con razon mucho tiempo hace por los graves accidentes que han dado á conocer los inconvenientes que los puentes colgantes ofrecen y que han arraigado la caída de un gran número de estas obras, comprometiendo la vida de infinitas personas. La rapidez de su construcción y su economía, que á la verdad tenía mas de aparente que de verdadera, habia interesado casi á la generalidad en su favor; pero bien averiguado, se ha visto que dichos puentes, si han de ser conservados como es debido, su conservación cuesta con frecuencia mas del duplo de su importe primitivo.

No queremos detenernos á examinar todos los vicios que deben acarrear la ruina de estos puentes; citaremos solo los dos principales: 1.º La modificación que se opera lentamente en las fibras y que destruye poco á poco su elasticidad, efecto producido, ya por consecuencia de la tracción considerable, que se hace por cada cable en razon de la alteración de algunos de sus elementos, ya por la trepidación á que están siempre espuestos. 2.º La oxidación de que no siempre puede preservarse, y cuyos progresos es indispensable seguir y observar: el hundimiento del puente es muchas veces su primer indicio.

Todos los puentes colgantes están sometidos á esta ley comun. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América, etc. se han experimentado numerosos desastres; y la estadística de estas obras nos enseña que la tercera parte de los construidos se ha arruinado, y las dos terceras, que permanecen en pie, no ofrecen garantías reales para lo sucesivo. En España misma solo diez puentes colgantes se han levantado, y tres de ellos se han hundido (los de Fraga, Monzon, y Zaragoza); el de San Pedro amenaza ruina, y el de Menjibar reclama grandes reparos. Los otros cinco cuestan enormes sumas para su sostenimiento.

La caída del puente de Angers en Francia al tiempo de pasar un regimiento cuya cuarta parte pereció en el río, llenó de terror la población, y el gobierno, conociendo los peligros inherentes á la construcción de los puentes colgantes, convocó á los hombres de ingenio para evitar en lo sucesivo semejantes desgracias. El ingeniero Mr. Vergniais fué el único que respondió á esta convocatoria. La invención de su sistema es una consecuencia del hundimiento del puente de Angers.

Sustituir á los puentes colgantes de uso cómodo, pero que de día en día se reconocen mas peligrosos, un nuevo método de construcción que á las ventajas de la suspensión reuna condiciones absolutas de solidez; suprimir el gasto tan ruinoso de conservación de la vía pasajera; reservar á la navegación todas las facilidades apetecibles por la supresión de los pilares en caso necesario dejando el lecho del río en toda su anchura; construcción en fin de numerosos puentes con prontitud y á precios razonables, tal era el problema á que habia que responder y que ha sido resuelto por el inventor.

Esta invención consiste en montar arcos en arcadas de una dimensión facultativa; en preservar por medio de arcos suplementarios, en los cuales está suspendida la calzada, el de doble movimiento de oscilación y ondulación.

El tablero, todo de hierro fundido, está cubierto por una espesa capa de macadam como la calzada de un camino, y su entretenimiento es exactamente el mismo.

La fundición en su aplicación al sistema Vergniais se emplea en las condiciones de la mas enérgica resistencia á la compresión; es decir, en el sentido llamado de aplastamiento.

El aparato general no tiene que sufrir ninguna tracción; lejos de tender á la disyunción, está sujeto á la ley inversa de la compresión que garantiza su invariabilidad.

La construcción en su totalidad se halla descubierta; ningún deterioro oculto puede por lo mismo comprometer la solidez del conjunto. En resumen, el sistema descansa sobre la utilización mas completa de la materia empleada que es la mas sólida, la menos cara y la mas durable de todas. La ciencia y el buen sentido popular están acordes en reconocer los excelentes resultados obtenidos.

Hé aquí el sistema que Mr. Victor Conailbac viene á aplicar á España; sistema precioso que ofrece á la vez todas las ventajas de los puentes colgantes, y además rigidez y solidez completa, garantía para la vida de los ciudadanos, rapidez de ejecución, y ningún coste de entretenimiento.

La compañía tiene ya numerosos pedidos, y ruega á las autoridades y á los señores ingenieros la comuniquen con anticipación sus proyectos de obra para que pueda organizar los trabajos por provincias, de forma que puedan ejecutarse con rapidez.

La dirección ha establecido sus oficinas en la calle del Baño número 14, cuarto principal, donde podrán dirigirse los pedidos.

LA CRUZ DEL PUENTE.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

(Continuacion.)

—Por obligacion, madre; porque al cabo va á ser una especie de confesion, respondió el dominico aprestándose á escuchar.
—Tú, Carlos, puedes retirarte, le dijo su tia.
—Sin responder y sin otro aparente motivo que un simple acto de cortesía, dió una silla al baron á la huérfana, y al alzar esta los ojos para darle las gracias, díjola con voz baja: «Míreme Vd. mientras hablo.»

IV.

Turbada y sorprendida de las misteriosas palabras del baron, así como de las miradas con que las acompañó, quedóse atónita María por algunos instantes. Paseaba inquieta su vista desde el jovial semblante de la abadesa, sentada á su derecha, hasta el serio rostro del baronito que á su frente se colocó; pero el alma de la infeliz estaba sobrecogida de miedo al aspecto de las monjas que detrás de la abadesa formaban un semicírculo, y en cuyas caras no leía la pobre muchacha ni piedad por su infortunio ni indulgencia por su juventud.

Esplicame primero, dijo la abadesa, por qué has dejado la casa del hijo de tu bienhechora.

Asomóse un vivo encarnado á las mejillas de María. Quiso responder; pero la vergüenza la impidió pronunciar una sola palabra.

Admirada de semejante silencio al propósito de tan natural pregunta, añadió la abadesa: «¿Tenias quimeras con los criados de la casa?»

tambien tras de mí. El miedo me daba fuerzas, y mi nombre pronunciado por una voz harto conocida, me hizo ver la suerte que me aguardaba. Eché por fin á correr; pero se acercaban otros pasos en pos de los míos, hasta que al fin alcancé...

—La casa de la antigua criada de la marquesa? interrumpió vivamente el baron.

Cortóse María y fijó la vista en el baronito, buscando el sentido de sus palabras.

—¿Y á quién alcanzaste por fin? repitió la abadesa.

—Al... dijo María vacilando.

—Ese maldito pregonero que nos desuella los oídos, interrumpió de nuevo el baron.

Con efecto, pregonaba otra vez el monitorio del obispo.

—¿Quiéres callar, Carlos? ¡Qué gusto tienes en cortar la narracion de esta muchacha! dijo impaciente la abadesa.

—Ya lo creo, murmuró sor Teresa; sus motivos tiene.

—Es que... dijo la huérfana mirando al baron... Ya no sé en que estaba.

—Porque no se puede acordar de lo que después pasó, dijo Carlos, entendiendo las burlonas miradas de las madres. Estaba desmayada cuando por allí atravesé, y la conducía el marqués en brazos á su casa. Entonces nos echamos encima otro amigo y yo; lalibertamos de las garras de su perseguidor, y corrió este á buscar refuerzo. En medio de aquellos apuros pensé en V., tita; el monasterio estaba cerca, y...

—No está mal el remiendo, interrumpió sor Marta con irónico tono.

—Pero ¿cómo pensó V., caballero libertador, que esta niña vivía á despecho suyo con el marqués?

Vacilaba el baron, y respondió María con la mayor ingenuidad: «porque yo gritaba señora.»

—Puesto que gritaba V., no estar á desmayada, dijo á su vez sor Teresa.

Volviéronse las religiosas al padre Juan de Dios, como para

Miraron y buscaron por todas partes. María no estaba ya allí, porque se escapó del monasterio.

V.

Llenas estaban las avenidas del palacio de la Justicia de genio furioso y frenético. El senescal del país se habia presentado en queja ante aquel severo tribunal.

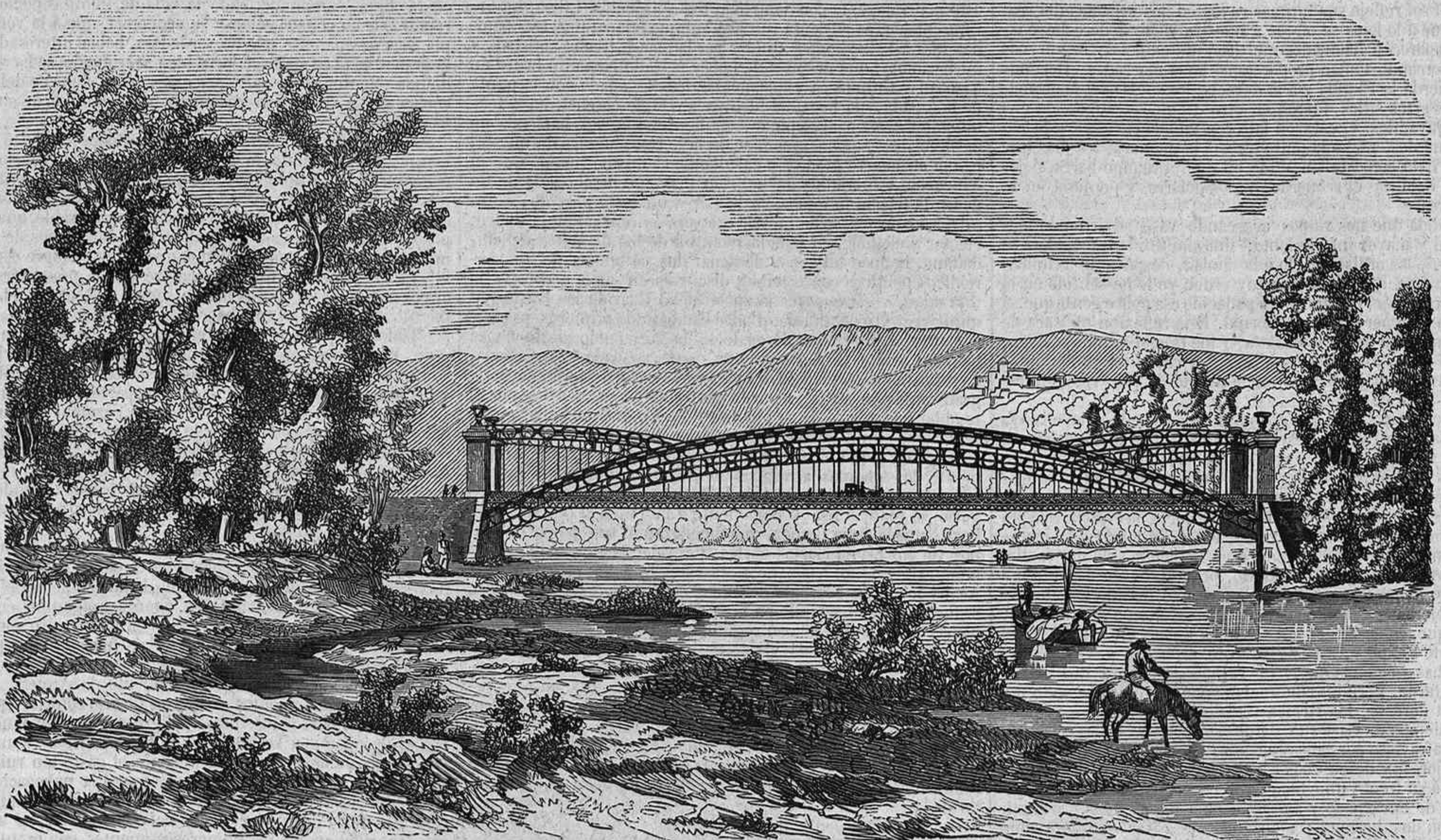
Ningun individuo se designaba precisamente como culpable del atentado cometido en la noche del 9 de agosto de 1765 contra la cruz del puente.

Sordos rumores tan solo habian señalado á la animadversion pública dos jóvenes conocidos en la ciudad por su ligera conducta y livianas conversaciones. Sea por tirria, por venganza ó envidia, habian echado estos dos nombres como presa á la muchedumbre, la cual exigia, con el estúpido fanatismo de aquellos tiempos, que se les pusiera en juicio.

Lanzáronse por consiguiente mandatos de prision contra los dos: uno de ellos se habia escapado; el otro cayó preso, y era el que estaban juzgando en aquel momento.

En el recinto del tribunal estaban pintados en todos los semblantes el horror, la cólera y la crueldad. Uno solo conservaba su serenidad y calma, el reo; ni habia abandonado su jovialidad y frescura. A los gravosos cargos de los testigos, oponia él una sonrisa de desprecio, ó una franca carcaja de estudiante cuando se mofa de su pedantía dómine. Ni por las mientes le pasaba siquiera que pudiesen condenarle por tan pueril desvío, careciendo sobre todo de pruebas, y fundándose únicamente en los falsos dichos de algunos imbeciles.

El primer cargo versaba sobre la mutilacion de la cruz del Puente-nuevo. Interpelados cien testigos sobre este hecho, nada absolutamente revelaban que indujera á la mas ligera sospecha contra el reo ni contra otro alguno.



Puente colgante segun el sistema Vergniais.

—¡Oh! no señora.

—Acaso, observó el dominico, temeroso de dar pábulo á las malas lenguas, no queria el marqués tener á su lado una joven tan linda como es Vd.

—Yo soy, padre, quien ha querido salir de su casa.

El baron no le quitaba los ojos de encima, y María por su lado no contestaba sin mirarle antes.

—¿Conque era tan severo, tan malo? preguntó la abadesa con dulzura.

—¡Oh! ¡si no hubiera sido mas! dijo María suspirando amargamente.

—En fin, ¿por qué te fuiste? replicó la abadesa, la cual quedó estupefacta al ver la turbacion de la huérfana, cuyos labios balbucearon algunas palabras ininteligibles.

—¡Infame! exclamó el baron, apretando de rabia sus puños. Ocultó María su frente entre sus manos.

—¡Virgen santa! protege á la inocencia! dijo la abadesa persignándose. Y volviéndose en seguida á la huérfana: —Bien hiciste en dejar á ese hombre, hija mia: el cielo te inspiró.—Y entonces, ¿te dirigiste á mi sobrino?

—¡Buen refugio contra el demonio! murmuró sor Teresa.

—No tenia el honor de conocerle, señora.

—¿Cómo se engaña la madre abadesa! dijo sor Marta al oído á su vecina. No me la harian colar á mí por cierto. Juraria que la historia de esa muchacha, la del judío, y el sacrilego de anoche son una sola y misma cosa.

Y continuó la huérfana: «sabian mi propósito, y espian mis pasos, hasta que anoche pude escapar de la vivienda del marqués. Mi intencion era llegar á dos leguas de aquí, á casa de una criada que tuvo mi bienhechora, con objeto de pedirle proteccion y asilo. Serian las diez; caminaba yo orillas del rio, cuando noté que me seguian. Redoblé el paso y lo redoblaron

preguntarle qué habian de pensar de las circunstancias contradictorias de semejante narracion; pero dormia profundamente el buen dominico, anonadado cual estaba por los bizcochos, almendrados, jamon, café, crema, torreznos y otras frioleras.

—Si señoras, estaba desmayada cuando llegué á ella, repuso el baron; pero habia oido sus gritos de lejos.

—Y si no pega, cola; dijo en voz baja sor Teresa.

—Fuerza es creer que Satanás en persona asistió á su bautizo, respondió sor Marta.

Cortó los comentarios la campana de la portería. Entró una hermana en el locutorio, y entregó al baronito una esquela que acababa de traer un hombre jadeando y lleno de polvo. Apenas echó Carlos la vista en aquel escrito, palideció al instante, arrojó un grito, y desatinado lanzóse afuera del locutorio.

—¿Qué hay? ¿Qué es eso? exclamó al padre, despertando sobresaltado.

—Algun nuevo aturdimiento, dijo la abadesa encogiéndose de hombros.

Habia cogido la huérfana la esquela que en medio de su precipitacion dejó Carlos caer en el suelo, y pálida, inquieta y azorada, la presentó á la abadesa, quien la leyó en alta voz: «Avisé Vd. á su amigo, y huyan los dos; que si no, estan Vds. perdidos.»

—¡Padre! ¡Padre! gritó la abadesa; vaya Vd. á ver lo que hay. ¡Virgen de los Dolores! Este muchacho me quiere matar!!!

—Voy allá, voy allá, dijo el dominico levantándose á disgusto suyo de la poltrona en que estaba sepultada su enorme reverencia. Voy allá: tranquilizese Vd. Capaz es ese muchacho de perder á la comunidad entera! Pero... ¿dónde está la buena pieza, la criada del marqués? Me ha gustado su aventura. ¿Se acabó ya?»

El segundo era de pláticas y acciones impías. Treinta y ocho testigos habian depuesto sin resultado; y solo se sacó en consecuencia que algunos jóvenes habian tenido coloquios y cometido acciones impías.

Por declaracion de un solo testigo resultó: que uno de estos jóvenes desconocidos habia roto un Crucifijo de yeso en el cuarto de otro joven, ó al menos habia dicho que queria romperlo.

Otros en fin, afirmando haber visto pasar á dos individuos á 50 pasos de una procesion de capuchinos sin quitarse el sombrero.

Oidos todos los testigos, interpeló al reo un cierto Martin, que habia tenido almacen de vinos y salchichería, y al cual tomó por adjunto el señor marqués.

—Carlos, baron de la Fuente, ¿tiene Vd. algo que responder?

Levántose del banco con incuria el reo, y mirando con dignidad al presidente, dijo:

—Martin, ninguna de esas declaraciones alcanza hasta mí.

—Señor reo, mire Vd. que soy presidente de este tribunal.

—Puesto que me llama Vd. reo, y es ya un título, yo le daré á Vd. otro, el primero que á la memoria me venga; tabernero, cortante, y hasta presidente.

—Respondo bien ahora?

Frunciendo sus anchas cejas sobre su innoble rostro, y no juzgando á propósito el seguir tamaña discusion, continuó Martin sin mirar al reo:

—El 6 de junio último pasó Vd. cerca de una procesion de capuchinos sin quitarse el sombrero?

—Iba á comer con mi tia al monasterio de Santa Clara. Estaba de prisa; llovía entonces; vi de lejos á los capuchinos, y no creí del caso mojar me la cabeza.

—¡Mala excusa! ¿Ha roto V., ó al menos ha amenazado romper un Crucifijo de yeso en casa de un amigo suyo?
—Efectivamente lo rompí; pero sin querer hacerlo.
—¡Mala excusa!
—Mudó de color el baroncito; pero conteniendo su cólera, le respondió sonriéndose:
—Nunca será tan mala como la droga que nos vendía V. bajo el nombre de vino.
Y sin hacer caso, continuó el presidente:
—¿No ha cantado V. canciones torpes? ¿No se sonrió cierto día en la iglesia predicando el padre Juan de Dios? ¿No ha rendido V., según por ahí dicen, sus homenajes á una religiosa del convento de Santa Clara?
—El reír y cantar es de mi edad; el batirme de mi estado; y el amor es mi vida.
—Note V., señor escribano.—Y ahora, ¿negará V. haber pasado por el puente á las doce la noche del sacrilegio?
Sentóse el reo sin responder una palabra.
Y continuó el presidente:
—Vds. eran dos: frente á la cruz hallaron una ó dos personas: trabóse un combate: de una manotada echó V. abajo la cruz del puente, y sirviéndose irrespetuosamente de ella, como si fuera una maza, ahuyentó V. á sus adversarios. Diga V. si es verdad.
Silencioso aun el reo, se espació en su banco, echóse á mirar el gentío, cuyos ojos estaban clavados con horror en su persona.
—Los jueces interrogan á V., señor acusado; responda pues, dijo el marqués agitando en su sillón.
En este momento, antes que hubiese respondido Carlos una sola palabra, levantóse una voz desde la puerta de la sala. Abrieron calle los espectadores, y una jóven y hermosa mujer atravesó como un rayo hasta el pie del tribunal gritando:
—Aquí está el verdadero reo!!!
Llenóse la sala de sordo rumor.
—Esa muchacha está loca sin duda, dijo el marqués. Señores, es una criada de mi casa. Suplico al tribunal que perdone tamaño escándalo, y no haga caso de ella.
Hizo una seña el marqués, y entre esbirros llevaron á María desmayada.



Ifigenia: estatua de marmol de H. Heidel, escultor aleman.

A pesar de su juventud y de la futilidad de la acusacion, quedó condenado el baroncito á cortar la lengua y á ser quemado en seguida en una hoguera, en reparacion de sus crímenes, que consistian en haber entonado canciones contra la Virgen y los santos, y cometido un sacrilegio en la cruz de palo del puente nuevo.

Escuchó el fallo el baroncito con dignidad y calma, y apeló de la sentencia á tribunal superior.

Estaba el mismo dia tendido en la paja que cubria las baldosas de su calabozo, contemplando las desnudas y ennegrecidas paredes de aquel caramanchon, cuando vió abrirse la puerta de repente y entrar por ella una mujer con un velo echado,



Althaea ó alcea rosea (una rosa de otoño) de la sociedad nacional de floricultura en Londres, que en la esposicion de dicha sociedad ha ganado el premio.

que en mismo umbral quedó en pie, inmóvil, con la cabeza inclinada al pecho, y sollozando amargamente.

Levantóse el baron para preguntar quien era. Descorrió entonces la mujer el velo; cayó de rodillas bañada en llanto, y Carlos conoció á María.

—¡Ah! Perdóneme V., exclamó; perdóneme por Dios! De sobra tiene V. razon si me aborrece; porque yo soy la causa de su desgracia.

—¡Yo aborrecer á V.! repitió el baroncito, tomando la mano trémula de María para que dejase su humilde postura: ¡Yo aborrecer á V.! ¡Hija mia! ¡Oh! No: no puede V. inspirar semejante sentimiento.

—Si señor; porque inocentemente tengo yo la culpa de todo. Estaba tan azorada aquella noche, que no reparé que me hubiese refugiado al pie de la cruz del puente huyendo de mi perseguidor. Ni sabia yo siquiera que hubiese V. echado abajo la cruz para defenderme y defenderse del infame marqués. ¡Dios mio! Hasta que desapareció V. del locutorio del convento no caí en ello. Desde entonces no he dejado á V. de vista: ni un solo instante me he separado de las puertas de esta prision. Pero... ¡son tan desapiados los carceleros! ¡Dios mio! ¡Cuánto ha padecido mi espíritu!

—¡Pobre muchacha! exclamó el baron, estrechando su mano en las suyas. ¡Pobre muchacha!

—¡Ah! V. me perdona: ¿no es verdad?

Medió un momento de silencio, apretándose mutuamente la mano. María con los ojos clavados en el suelo, lloraba á lágrima viva: Carlos contemplaba el profundo y sincero dolor de aquella candorosa criatura.

—Vamos, tranquilícese V., señorita, dijo al fin el baron afectando violenta alegría. V. es quien debe perdonarme; porque ni siquiera puedo ofrecerla una silla. El rey se ha encargado de mi alojamiento, y sin duda olvidó traerme muebles. ¡Cómo ha de ser!

Y al acabar estas palabras, llevaba de la mano á la huérfana hasta un rincon del calabozo en que habia unos hacecillos

de paja. Sentóse María y á su lado el baron. Callaban los dos. ¡Estaban tan agitados! y sobre todo tenian tantas cosas que decirse! Al cabo se esforzó el primero Carlos.

—¿Sabe V. de mi tia?

—Si señor. Ha ido á echarse á los pies del rey; y antes de marchar me encargó dijera á V. que no se apurase.

Y las lágrimas cortaban la voz á la huérfana.

—¡Oh! lo que es por mí no hay cuidado. No me matarán: no haya miedo que se ejecute la sentencia. ¡Soy aun tan jóven! ¡Y aquella cruz tan vieja ya, y gastada! Apenas la toqué, que cayó en el suelo. No creo que eso sea tan enorme crimen como les place suponer á esos jueces estúpidos y preocupados. No he conspirado contra el estado, ni contra la vida de persona alguna... ¡Oh! Lo que dije; no hay cuidado por mí.

Mientras así hablaba tan lleno de esperanza, aventuróse María á levantar los ojos hácia él. Gozábale en contemplar su nobleza y desenfado, su abierta frente, sus espresivos ojos, sus rubios rizos; y de repente, cual si hubiera visto brillar el hacha del verdugo sobre su cerviz, arrojó un espantoso grito. Abrióse maquinalmente sus brazos, y rodearon el cuello de Carlos como para protegerle, y exclamó desfavorida:

—¡Bárbaros!... ¡Y serán capaces de matarle!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y al instante se sonrojó la huérfana de su rápido é irreflexivo movimiento de sensibilidad; y cubriéndose el rostro con ambas manos:

—Perdone V.; ya ni siquiera sé lo que me hago.

—¡Ah María! dijo entonces el baron pasando el brazo alrededor de la cintura de la huérfana. Si vivo tú me amarás; ¿no es verdad?

—Y si V. muere, yo detrás! respondió ella en voz baja.

—¡Oh! No; que los dos viviremos, hija mia. A nuestra edad no se muere así como quiera.

María ahogó un sollozo.

—No llores, hija mia, repuso tiernamente Carlos. No llores; que todavía hemos de ser dichosos los dos. ¿No lo ves? Yo empiezo ya á serlo. Un ángel ha bajado á verme á mi prision, y la ha convertido en un paraíso. ¡Oh! ¡Cuán hermosa es ahora esta estancia!... Pero, no llores, te digo, hija mia. A mi lado, ¿qué tienes que temer?



Venus: estatua de marmol del mismo autor.

—Por Dios, no me hable V. así, señor baron, murmuró la huérfana con casi apagada voz.

—No me des ese vano titulo, María. Llámame mas bien tu amigo. Te lo ruego con el alma.

—¡Ah!... No puedo... ni lo podré jamás, dijo la huérfana después de un encantador movimiento de perplejidad.

—¿Y por qué?... ¿Quieres que te lo pida de rodillas?
 —¡Ay Carlos mio! ¡Cuánto te quiero! dijo ella en voz baja, ocultando el rostro en el seno del baroncito, sin atreverse á levantar la cabeza después de tan dulce confesion.
 —Ahora si que desafío á todos mis jueces juntos, exclamó Carlos con sentida exaltacion. ¡Vengan ahora y verán que soy mas feliz que todos ellos!
 —Alguien se acerca! gritó María, estrechándose contra el baron.
 Era el carcelero.
 —Ya pasó una hora, señorita, dijo este.
 —Cuanto tengo te doy por otra! dijo Carlos metiendo la mano en la faltriquera y tirando al carcelero una bolsa llena de dinero.
 No puede ser mas que un cuarto de hora, respondió este cogiendo la bolsa del suelo: porque va á venir el fiscal.
 —Vete pues, dijo impaciente el baron; no me robes al menos un minuto del cuarto de hora que me concedes!
 Silenciosos y pensativos quedaron Carlos y María. Las suaves y puras ilusiones de su corazon habianse desvanecido ante la triste realidad de un carcelero.
 —¿Cuándo volveré á verte, María? dijo en fin el baron arrojando un doloroso suspiro.
 —¿Y acaso lo puedo yo saber?
 —Una llave de oro abre todas las puertas, ídolo mio. Si no tienes dinero, dí á mi tia que te le dé. Paga á ese hombre y vuelve... ¡Ah! ¿volverás pronto?
 —¡Ojalá no tuviera que separarme de V.!
 —¡Pobrecilla!... Pero ya vuelven, María: pronto, una palabra, antes que abra el carcelero. Pronto, pronto: díme otra vez que me quieres. ¡Oh! pronto, por Dios!... Un solo beso... No me lo niegues por mi amor, María... quizás voy á morir... y... ¿pudieras vacilar un instante en darme un beso de despedida para la eternidad?
 La bronca voz del carcelero ahogó sus últimas palabras.
 —Salga V., señora.
 —Voy allá, buen carcelero; voy allá, dijo la huérfana sin quitar la cabeza del seno que la sostenia.
 —Ya va! ya va! repitió Carlos estrechándola mas y mas entre sus brazos.
 —¡Ligero, señora! O no la dejo entrar otro día.
 Decidíronse al oír tamaña amenaza, y llorando los dos se adelantaron hácia la puerta.
 —¿Volveras, María? dijo Carlos al llegar al umbral.
 —Y V. ¿me perdona de todo corazon? respondió la huérfana sosteniéndose apenas.
 —¡María! ¡ídolo mio! otro beso por Dios! ¡El último tal vez!
 Sintieron pasos: echó su velo María, y haciendo con la mano á Carlos una seña de amorosa despedida, desapareció en la oscuridad del corredor.

VII.

Inútil fué cuanto se trabajó en favor del baroncito. Ni su edad ni su jerarquía le valieron, y el tribunal superior de apelacion confirmó su injusta sentencia de muerte.
 Sin embargo, María quiso hacer por su amado un esfuerzo de desesperacion. Harto sabia ella que en la mano del marqués estaba la suerte de Carlos; y como aquel la hubiese escrito, frenética pasó á su casa para tratar el último recurso.
 Entró pues en casa del marqués, y en la sala esperó que pasasen aviso. Con el corazon oprimido y respirando apenas, examinó aquella estancia en que tantas veces habia rezoado en su niñez, y al cabo fijó los humedecidos ojos en un retrato colgado en la pared. Este retrato era de una mujer que ya no existia, de la marquesa su bienhechora, y madre de su feroz perseguidor.
 Estasiada en su contemplacion, no habia reparado la pobre huérfana en el marqués que acababa de entrar.
 —¡Hola, María! dijo procurando suavizar su brusca voz. ¿Conque al cabo te decidiste á volver?
 —Señor marqués, respondió la huérfana juntando sus manos en actitud de súplica, no lo matará V.! ¿no es cierto? Por piedad, respóndame V., ¿se salvará? V. mismo me lo ha escrito.
 —¿Y de quién me hablas, muchacha?
 —De él, de Carlos, respondió María con voz apenas inteligible.
 Una imprecacion acogió el nombre del baroncito.
 —¿Crees acaso que te escribí para hablarte de ese hombre?
 —Aquí tengo la carta, señor marqués, dijo sacándola de los pechos. En ella me dice V. que hay todavía un medio de salvar al baron, y que viniese á verme con V. Yo confío de consiguiente en esta carta y en su promesa. Dígame V. lo que he de hacer para salvarle. ¡Oh! dígamelo por piedad!
 (Concluirá.)

REVISTA DE LA PRENSA PERIÓDICA DEL MUNDO.

ARTICULO QUINTO.

BÉLGICA.

En los dias que corremos, el periodismo absorbe en parte la literatura, lo mismo en Bélgica que en Francia y en todas partes. En la actualidad hay en Bélgica 97 periódicos; de estos 36 son diarios, y los restantes se publican una, dos, tres, y cuatro veces cada semana. Y como que la prensa disfruta completa libertad en aquel pais, todos se ocupan mas ó menos de política. Sin embargo, no hay en Bélgica mas que 24 diarios políticos de influencia, que son en Bruselas *l'Emancipation*, *l'Independence*, el *Journal de Bruxelles*, el *Observateur* y la *Nation*. El primero lleva 22 años de existencia, y es el órgano de la política mista. La *Independence* y el *Observateur* defienden en general la del ministerio; el *Journal de Bruxelles* es exclusivamente católico, y la *Nation* democrática.
 De los 32 diarios, el mas conocido allí es el *Echo de Bruxelles*: tiene 12,00 abonados, que equivalen casi á la tercera parte de la suscripcion de todos los periódicos belgas. La tirada de la *Independence* es de 6,000 ejemplares, 3,000 la de la *Emancipation*, 1,300 á 1,400 la del *Observateur*, 2,500 la del *Journal de Bruxelles*, y 7 á 8,000 la de la *Nation*.

Los órganos principales de la prensa de Gante son: el *Messenger*, el *Organe des Flandres* y el *Journal des Flandres*. Los tres se publican diariamente. El *Messenger* sostuvo mucho tiempo las ideas Orangistas, conservando no obstante ciertas tendencias ministeriales. Entre los diarios mas ricos y mas considerados de provincia, figuran el *Precurseur d'Anvers*, y el *Journal de Liege*. Siguen despues el *Journal d'Anvers*, que es el periódico francés mas antiguo de aquel pais; el *Journal du Commerce d'Anvers*, el *Vigie de l'Escant*, la *Gazette* y el *Tribuna de Liege*, el *Eclaireur*, el *Ami de l'Ordre*, el *Journal* y la *Revue de Namur*, el *Journal de Charleroy*, la *Gazette* y el *Moderateur de Mons*, la *Patrie*, el *Journal* y el *Impartial de Bruges*, el *Echo* y la *Chronique de Courtray*, el *Courrier de l'Escant*, el *Journal* y el *Liberal de Tournay*, la *Reforme* y *l'Union liberale* de Verviers, la *Flandre Maritime*, y el *Journal d'Ostende*, el *Journal d'Arrou*, el *Echo de Luxembourg*, el *Courrier de Louvain*, y el *Louvaniste*, el *Journal* y el *Organe de Huy*, y otros trece periódicos flamencos; uno de estos el *Mercurius Van-Gent*, es el mas antiguo entre todos los periódicos de Bélgica. Aunque la afición á la lectura es muy común en aquel pais, no pasa de 30,000 el número de suscriptores á los diarios.

Como el ministerio se compone en su mayor parte de antiguos periodistas, y conoce por consiguiente toda la influencia de la prensa, siempre ha procurado tenerla á su favor. Las dos terceras partes de los diarios de provincias son liberales y defienden al gobierno. El partido católico tiene tambien por órganos de sus doctrinas al *Journal de Bruxelles*, el *Ami de la Religion* y la *Gazette de Lieja*, el *Ami de l'Ordre de Namur*, el *Courrier de l'Escant* de Tournay, la *Patrie* y el *Standard* de Bruges, el *Organe des Flandres* de Gante, el *Journal d'Anvers* y el *Courrier de Louvain*. La democracia tiene asimismo sus representantes en la *Nation* de Bruselas, en el *Eclaireur* de Namur, en la *Reforme* de Verviers, en el *Brocdermin*, periódico flamenco que se publica en Gante, y está redactado con mucha habilidad y talento, y en el *Tribune* de Lieja. Cuenta además el partido democrático entre sus órganos al *Ami du Peuple*, el *Democrate* de Charleroy y la *Revue Démocratique* de Bruselas.

Los anuncios estan repartidos muy desigualmente entre la prensa belga. Unos ocupan toda la última plana, y otros apenas insertan uno. La plana de anuncios del *Journal de Liege* es la mas buscada entre todos los periódicos políticos, y por consiguiente la que imprime mayor número.

Dejamos de mencionar los diarios que se dedican exclusivamente á esta clase de publicacion, aunque hay algunos en Bruselas y en las provincias que dejan grandes productos á sus propietarios. La tarifa de los anuncios es muy módica; por término medio cuesta 5 céntimos la línea. No obstante, el comercio y la industria belga no dan á la publicidad toda la importancia que tiene; y tanto es así, que los anuncios no producen en aquella nacion mas que la quinta parte de lo que dan en otras, donde la publicidad de los periódicos se estima en todo lo que vale.

El precio de suscripcion de los diarios de Bruselas y de las provincias es relativamente mucho mayor que el de los periódicos franceses, si se atiende á que todos los gastos de redaccion y de correspondencia no esceden de 4 á 5,000 francs, no llegando diez á esta suma, y muchos no gastan la mitad; y á que no tienen además derecho de timbre ni fianza, y que solo pagan de franco un céntimo por cada ejemplar. Juzgamos pues exorbitante el precio de 30 francos por año, atendidas las circunstancias en que se encuentra la prensa periódica de Bélgica.

LA PEREGRINACION Á LA TIERRA SANTA.

(Conclusion.)

Ni un ejército del emperador cristiano Nicéforo Focas de Constantinopla, ni las huestes de Juan Tzimiskes pudieron conquistar á Jerusalem. Pero los Fatimitas que pretendian descender de Fatima, la hija de Mahoma y de Ismael, el nieto de Alí, lograron hacerse dueños de Jerusalem, teniendo que subyugarse á ellos la Tierra Santa en el año de 969. El que la venegó fué Monz, cuyo califato con la residencia en el Cairo se sostuvo durante dos siglos. Estos dueños no se creian ligados á la palabra de Omar y Harun; sin embargo se permitió la peregrinacion pagando una cantidad estipulada. En este tiempo acaceen las peregrinaciones de Frotamunda la Penitente y del flamenco Popo. Hácia fines del siglo volvió á presentarse muy favorable la situacion de los peregrinos. Por un tributo anual se cedió á los cristianos indigenas la cuarta parte de la ciudad, cuya circunstancia aumentó las peregrinaciones de los pais occidentales. A fuerza de donativos y contribuciones obtuvieron los cristianos el permiso de construir en la inmediacion de la Santa Tumba una iglesia consagrada á la virgen que se llama hasta hoy Santa Maria de Latina: en un convento establecieron un prior con varios frailes y construyeron un convento de monjas en honor de la Santa Maria Magdalena. Cuando el espacio se hizo demasiado pequeño para tantos peregrinos, fundó el prior al lado de su iglesia un hospital con una capilla en honor á Juan el Limosnero.

Aun mas felices estuvieron los cristianos en el siglo XI por privilegios que no habian tenido hasta entonces. Haken, el tercero de los fatimiditas, cuya madre era una cristiana, vió á su tio elevado á la dignidad de patriarca de Jerusalem. Pero de repente cambióse el favor de Haken, pues se tuvo él mismo por un profeta, y quiso extinguir todas las demás religiones. En el año de 1010 principiaron las terribles y lamentables escenas de exaccion y pillaje, de destruccion y de profanacion de los santuarios, de asesinatos y tormentos, como nunca lo han efectuado un ladron y asesino coronado. Entre los degollados hallóse tambien su propio tio el patriarca, y entre las cosas destruidas la Santa Tumba y su templo. Despues de estas crueldades permitió Haken á los que por miedo á la muerte habian abjurado el cristianismo volver á la iglesia, y á los fugitivos la vuelta á la Tierra Santa. Con la reconstruccion de la iglesia que se logró por intermeduacion del emperador bizantino bajo el reinado de Edhhaber el sucesor de Haken en 1048, principiaron de nuevo las peregrinaciones. El pais de los húngaros despues de su entrada en la iglesia en el siglo XI llegó á ser para

los peregrinos un camino llano que favoreció mucho sus viajes. En este tiempo nació la creencia en el principio del reino de mil años; de suerte que todos los adictos á esa creencia se apresuraron á ir á Jerusalem para ser los primeros en recibir al Señor y entrar en este nuevo reino. Los unos eran mendigos, los otros hambrientos de alimentos divinos; estos románticos, aquellos ambiciosos y deseosos de saber, y aun otros que querian cumplir el voto hecho: pero los mas penitentes, entre éstos últimos pertenecian el mismo lugar—teniente de Roma Centio y el conde Flelho de Anjou.

Con una cuerda al cuello y presentando su espalda desnuda á los disciplinazos de sus criados, emprendió este último el viaje á la ciudad santa para pedir misericordia al Señor. Entre los penitentes se hallaban además Roberto el conde de Flandes, y Berenguer el segundo conde de Barcelona. Sus pecados eran ofensa del Papa, pasiones mujerieles y robos en sagrado. Tambien Roberto conde de Normandia, un fratricida, iba en el sencillo traje de peregrino y acompañado de todos sus grandes, privándose en el camino de todas las comodidades; los golpes sufridos estimaba aun mas que las mejores ciudades de su ducado. Otras personas distinguidas que no viajaban como penitentes, eran Dietrich III conde de Holanda; Federico, conde de Verduin; Godofredo de Bouillon y Guillermo de Angulema: sin número era la cantidad de los jóvenes clérigos, y las peregrinaciones de los obispos parecian á procesiones y acompañadas á veces de miles de personajes, como v. g. Litbert de Cambrai en 1054. Pero ninguno de estos vió la Tierra Santa, y solo muy pocos volvieron con el obispo. Mas brillantes y felices fueron las peregrinaciones del arzobispo Sigofredo de Maguncia en union con los obispos Guntero de Bamberg, Oton de Ratisbona y Guillermo de Utrecht: el secretario de Guillermo el Conquistador, y el obispo ulterior de Passau, llamado Altmann. Entre los clérigos y legos, ricos y pobres, ascendia el número que los acompañaba á 7,000. Los príncipes de la iglesia hicieron lucir en todas partes de su camino su oro y plata. Solo una parte de este cortejo llegó á Jerusalem; la otra parte murió á la venida, y solamente 2,000 volvieron á sus casas. La muerte debia ser en cierto modo una consolacion para estos peregrinos, porque su oracion en la santa tumba dice, entre otras cosas: «tú que has muerto por nosotros y que te hallas enterado en este sitio, ten compasion de nuestra miseria y arráncanos hoy mismo de este valle de lágrimas.»

Despues que los mahometanos volvieron á tratar de dificultar el viaje á la Tierra Santa, se opusieron á ello los galos y germanos con brazo mas fuerte y robusto que el de los bizantinos. Tutsh, de la dinastía de los Seldyucs, que tenia subyugada toda la Asia menor, dió en feudo una parte de sus dominios, en la cual se hallaba Jerusalem, á un general suyo llamado Ortok, el jefe atroz de una banda de salvajes. Sus hijos Ilghazy y Sukman hicieron unos estragos aun mas terribles, lo cual dió el motivo y principio á las cruzadas de los pais occidentales. Los pacíficos peregrinos cambiaron el báculo por la lanza y espada; la ballesta y el puñal. Su martirio consistia en morir en la guerra santa. Componian muchos millones los que en el transcurso de cerca de dos siglos fueron desde los pais occidentales á las cruzadas. En el año 1099 se volvió á conquistar Jerusalem, y solo las ciudades de la costa permanecieron aun en poder de los sarracenos. Pero despues de tomarlas hicieron estos inseguro el viaje en el interior del pais, y para proteger á los peregrinos, dióse el ser á las órdenes de los Templarios y de San Juan. La temporada que preferian los peregrinos para su llegada á Jerusalem, era el domingo de Ramos y en general el tiempo de Pascuas de Resurreccion.

Servia á dichos peregrinos de una gran satisfaccion el haber estado sentados á la mesa del rey de Jerusalem y de sus caballeros y el haberse bañado en el Jordan. Pero en el año de 1187 reconquistó Saladin á dicha ciudad, y si bien dejó al rey Ricardo de Inglaterra la iglesia y tumba, sin embargo, solo á los sacerdotes permitió al principio practicar el servicio divino. En virtud del armisticio celebrado entre Federico II y los señores del Cairo y Damasco en 1299, se devolvió Jerusalem á los cristianos. Desde este tiempo adquirió nueva vida la peregrinacion, hasta que en 1244 se apoderaron los musulmanes de nuevo del dominio de dicha ciudad, que han ejercido hasta la fecha. Con todo, la dinastía mameluca de las Behanides conservó desde 1254 cierta tolerancia, pues la costa siria quedó á lo menos en poder de los latinos. Pero desde 1291 disminuyó mucho el entusiasmo por la peregrinacion, porque en este año se destruyó con Ptolomea la última fortaleza defendida á costa de tanta sangre de los cristianos en la Tierra Santa. Acabáronse los viajes por mar, y los de tierra no pudieron ya verificarse, porque la Asia menor y la Siria se hallaban enteramente en poder de los turcos. Tambien habian cesado los beneficios hechos á los peregrinos, y los predicadores de las cruzadas y peregrinaciones predicaban en el desierto. Hasta se hizo proverbial el decir: *ha ido á Jajfa*, quiere decir, que ha emprendido un viaje peligroso. Los motivos que impulsaban entonces á los peregrinos, eran por esta misma razon mas puros. Los mas célebres y conocidos de los siglos XIII y sobre todo XIV son el científico Brocardus, el fanático Maudeville, Guillermo de Baldensel, Ludolfo el prelado de Suchem.

El afán de peregrinar se manifestó aun otra vez en el siglo XV. Encuéntrase entre ellos á muchos patricios y ciudadanos curiosos de las ciudades florecientes, y aun príncipes, como v. g. el duque Baltasar de Meklemburgo, el conde Juan de Salm con Bernardo de Breitenbach, Eduardo el Grande, conde de Ostfriesanda y su hermano Enno, el conde de Nassau, el valiente Bugislau X, duque de la Pomerania, Yoast de Ghisteln, Edder de Feandres, con su capellan Ambrosio Zeebout. Este viaje se hacia entonces generalmente por Venecia, donde se embarcaban para Joppe. Acudieron peregrinos de todas las comarcas de la Alemania, de Inglaterra, Escocia é Irlanda, de Francia, España, Calabria y Aragon, Sicilia y Bohemia, Rusia y Prusia, Hungría, Brabant, Flandes, Alsacia y Suiza. Aumentóse el interés para la peregrinacion con los libros ilustrados, v. g. los de Martini á Baumgarten, Bernardo Amico, y por las vistas de Jerusalem desde el monte Olivete, por Juan Schorel 1552.

Dos importantes acontecimientos influyeron igualmente sobre las peregrinaciones: la toma de Jerusalem por Selim I, y la reformacion de la Iglesia por Lutero. Selim hizo de la tierra santa una provincia del imperio otomano en lugar de una posesion que antes habia pertenecido á los mamelucos bordschicos. Bajo el reinado de aquel se arrojaba á los peregrinos

—A donde vas, pues? repuso Fiavila; vas á denunciar á Spafá? Miserable!

—Si no supiera ya que estais loca, respondió irónicamente Fabiani, esta palabra me lo persuadiria. Sí; lo habeis dicho; voy á denunciar á Spafá, á entregar á la justicia un asesino, un miserable.

—Conque es eso todo lo que yo he logrado sacrificándome por tí, Fabiani? Porque has de saber que negándome á cumplir esa orden, me he asociado á tu traicion, y la muerte será mi recompensa.

—Vana amenaza de que nos librá el arresto!

—Qué, ¿no basta haber arrojado tantas cabezas al verdugo de Nápoles, que quieres entregar una mas al verdugo de París?

—Entregaré mi pecho tranquilamente á su puñal.

—Te digo que puedes huir.

—Y yo te digo que no quiero.

—Ya te comprendo, continuó la marquesa; es preciso que sigas en París para arrastrar tu vida deshonrada á los pies de esa impúdica cortesana que ha vendido á precio de oro el secreto que te ha pagado con sus besos.

—Calla, Fiavila!

—¿Y por qué he de callar? ¿por qué puedes matarme cuando acabo de salvarte la vida? No eres capaz de intentarlo. Puedes denunciarme nada mas; pues bien, ve: pero no irás á casa de un magistrado honoríficamente encargado de vigilar por la se-

nó largo tiempo sin hablar una palabra; por último le dijo:

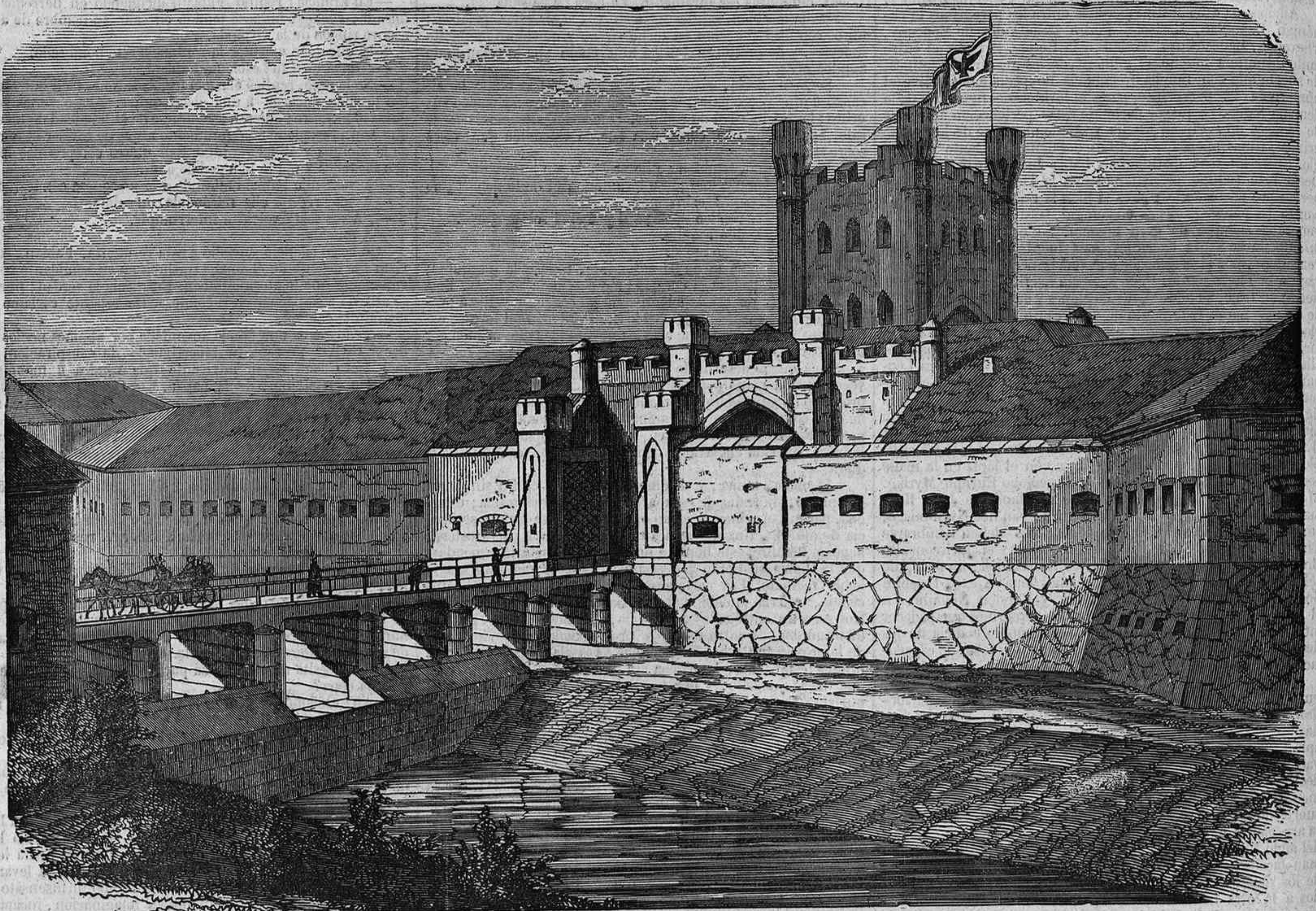
—Todas esas amenazas acaso no sean mas que una invencion; pero nunca estan demás las precauciones. Escribid dos palabras al prefecto de policia; yo entre tanto escribiré tambien. ¿No os han dicho que Spafá debe ir esta noche á vuestra casa? Pues bien, eso me basta; yo me encargo de todo.

Tomó una pluma y escribió largamente. Fabiani hizo lo mismo. Le pidió la carta, la leyó sin comunicarle la suya, y se retiró para enviarlas por un lacayo á su destino. Pocos momentos después estaban los dos en el sarao del embajador.

Sin embargo de la degradacion en que Fabiani se hallaba sumergido, las terribles esplicaciones de aquella noche le habian conmovido singularmente; estuvo triste en medio de la alegría general, y se retiró temprano. Llegó á su cuarto, llamó y nadie acudió á abrirle; llamó con mas violencia, y nadie respondió tampoco. Ocurrióle la idea de que Fiavila se habria fugado; rompió la campanilla, golpeó, y al llamar encontró con la llave. Entonces se sintió como aliviado de un remordimiento, porque le habia venido á la memoria la manera en que habia dejado á su mujer, y por la primera vez conoció que habia estado desapiadado para con ella. Entró, atravesó muchas piezas, y llegó hasta la habitacion de Fiavila; abrió... Un espectáculo horroroso se ofreció á su vista. La marquesa tendida en su lecho, al lado de esta una mesita, y sobre ella un vaso vacío, un frasquito tambien desocupado: al pié de la cama estaba orando Jafa-

pero ella habia puesto su felicidad en el amor de otro; á ese otro es á quien he buscado para despedazaros á los dos; ese es Fabiani. Bien sabes, Spafá, que Octavia no se hubiera rendido á la política infame de un ministro si esta política no hubiera estado de acuerdo con su venganza. Así, mientras que yo degradaba de dia en dia el ídolo de la Italia por la política de sus amos, degradaba por mi venganza al ídolo de Fiavila. Cada bajeza, cada infamia de Fabiani iba á herir el corazón de su miserable esposa; cada golpe que ella recibia resonaba en el tuyo. La lucha ha sido larga, pero hoy ha concluido. Fabiani ha sellado el último testimonio de su abyeccion denunciándote él mismo: yo cumplo el último acto de mi venganza advirtiéndotelo y salvándote la vida. En cuanto á Fabiani, se le devuelvo á su Fiavila: ahora ya nada tengo que enviársela: puedes decirselo.»

Esta carta estaba firmada Octavia: las lágrimas se secaron al leerla en los ojos de Fabiani, y su garganta y su lengua se secaron; no podia hablar. Permaneció un instante anonadado y volviéndose, ya hacia un lado, ya hacia otro como pudiera hacer un loco, mirando sin ver, con los cabellos erizados, los labios entreabiertos, hubiera podido morir de esta manera. Pero un objeto le devolvió á su dolor; fué el cadáver de su mujer, en quien fijó una mirada. Inmediatamente le abandonó toda aquella contraccion que le crispaba de piés á cabeza, y cayó de rodillas al pié del lecho exclamando:



Frontispicio exterior de la puerta del Rey, en Königsberg, en Prusia.

guridad pública, sino á la de un vil agente, de un infame espía secreto asalariado para prostituir las conciencias; vé, vé á casa de tu querida.

—Fiavila!
—Sí: ella es, ella cuyo amor creias tan puro, cuya ternura considerabas tan divina; ella es la que después de haberte arrastrado por el lodo de sus liviandades, después de haberte puesto á su nivel, ha entregado las cabezas de tus amigos; pero se habia olvidado de uno, y tú vas á completar la lista. Vé, vé pues: sereis aignos uno de otro.

—Ah! exclamó Fabiani con desprecio: Dios sea bendito: ahora ya comprendo toda esa farsa. ¿Has estu iado mucho tiempo esa comedia? ¿La has creado tú sola, ó te ha ayudado Spafá? Sin duda era una excelente idea la de hacerme huir inmediatamente sin haberla visto, dejándome la desesperacion de sospecharla culpable; pero, Fiavila, no eres bastante fuerte para desempeñar ese papel; tus insultos furiosos te han descubierto y me han revelado la verdad. Adios, pobre mujer, adios, la condesa de Pallas me espera para un sarao.

Fiavila cayó arrodillada delante de él; pero la separó brutalmente sin dar oido á sus palabras. Inmediatamente se dirigió á casa de la condesa que estaba adornada, bella, encantadora: se presentó pálido y desconcertado, y refirió al ídolo de sus pensamientos la causa de su inquietud. La condesa reflexio-

rino. El marqués dió un grito y se lanzó en el fondo de la habitacion.

—Muerta! exclamó.
—Muerta! dijo Jafarino.
—Muerta! muerta! repitió Fabiani.
—Envenedada! dijo sordamente el mayordomo.

Fabiani permaneció inmóvil y aterrado al frente de aquel cadáver: sus dientes rechinaban, y un ronquido convulsivo salia de vez en cuando de su pecho: al fin lloró, y sus lágrimas derritieron aquella opresion cruel que un momento habia aniquilado sus ideas y comprimido su palabra: y después de haber llorado pudo dejar oír estas palabras:

—Ha venido Spafá?

—Sí, respondió Jafarino, y me ha dejado esta carta para vos. Fabiani la tomó: no era de letra del terrible carbonario, ni llevaba el nombre de Fabiani. Estaba escrita por la condesa y dirigida á Spafá: el marqués la abrió sin admirarse, y la leyó en voz alta á la luz de una bujía. He aquí su contenido:

«Ahora, Spafá, ya se acabó: mi venganza está consumada. ¿Te acuerdas del dia en que me abandonastes; del dia en que despreciando el amor furioso que me habias inspirado a rojas-tes tu corazón á la hija de Pellico que ni siquiera se apercibió de tu amor? Aquel dia juré que me vengaría de tí y de ella. ¿Ni á tí ni á ella he podido atacaros; tú vivias de su felicidad,

—¡Muerta! ¡muerta!
Jafarino le miraba con compasion; le dejó llorando largo rato; luego le vió levantarse animado de una feroz espresion.
—Jafarino, exclamó, es Spafá quien la ha muerto?
—El veneno no era para ella.
—Sin duda; pero la dijo que era para mí.
—Pero no ha querido ella que llegue hasta vos, dijo Jafarino.

—Sí, dijo Fabiani torciéndose las manos, ha muerto por salvarme... ha muerto!...
—Ha faltado á su deber.
—Pues bien: si ha faltado á su deber, dijo Fabiani con rabia, ¿por qué no está aquí Spafá, el cobarde, él, que habia dicho: después de vos estoy yo?...

No está aquí, dijo Jafarino, porque habia dicho tambien: después de mí, otro; ese otro es Jafarino.
Y al decir estas palabras sacó un puñal y le clavó en el corazón de Fabiani.

Desde entonces no se ha vuelto á oír hablar de Spafá ni Jafarino. En cuanto á Octavia, pasó á Inglaterra, y á poco de su llegada la arrestó la policia y la deportó á Botany-Bay á pesar de las reclamaciones en la embajada de Nápoles, quien la abandonó á la justicia inglesa y á la venganza de Lady Lewton que la debia tambien la muerte de su desgraciado hijo.